

LA UNIÓN CATÓLICA.

PERIODICO BISEMANAL INDEPENDIENTE.

Editor Responsable, LA SOCIEDAD DE «LA UNIÓN CATÓLICA.»

Redactor, JOSÉ M.^a SANCHEZ G.

Hæc est victoria que vincit mundum, fides nostra.

1.^a Joan V, 4.

San José, 30 de Octubre de 1890.

Ubi enim sunt duo vel tres congregati in nomine meo, ibi sum in medio eorum.

(Math. XVIII, 20.)

ADMINISTRACIÓN

Calle de la Merced, N.º 13, Sur.

Número suelto. \$ 0-10
Un trimestre. » 2-00

La Religión Católica Apostólica Romana, es la del Estado, el cual contribuye á su mantenimiento, sin impedir el libre ejercicio en la República, de ningún otro culto que no se oponga á la moral universal ni á las buenas costumbres.

(Artículo 51 de la Constitución Política.)

La enseñanza primaria de ambos sexos es obligatoria, gratuita y costada por la Nación. La dirección inmediata de ella corresponde á las Municipalidades, y al Poder Ejecutivo la suprema inspección.

(Artículo 52 *ibidem*.)

Todo costarricense ó extranjero es libre para dar ó recibir la instrucción que á bien tenga, en los establecimientos que no sean costeados con fondos públicos.

(Artículo 53 *ibidem*.)

Todos los habitantes de la República tienen el derecho de reunirse pacíficamente y sin armas, ya sea con el objeto de ocuparse de negocios privados, ó ya con el de discutir asuntos políticos y examinar la conducta pública de los funcionarios.

(Artículo 55 *ibidem*.)

Todos pueden comunicar sus pensamientos de palabra ó por escrito, y publicarlos por medio de la imprenta, sin previa censura, quedando responsables por los abusos que cometan en el ejercicio de este derecho, en los casos y del modo que la ley establezca.

(Artículo 57 *ibidem*.)

Ninguna autoridad puede arrogarse facultades que la ley no le concede.

(Artículo 16 *ibidem*.)

Los funcionarios públicos no son dueños sino depositarios de la autoridad. Están sujetos á las leyes y jamás pueden considerarse superiores á ellas.

(Artículo 19 *ibidem*.)

He jurado cumplir y hacer cumplir la Constitución y las leyes de la República: solemne promesa, síntesis la más completa que puedo presentar de mi programa de Gobierno.

JOSÉ J. RODRÍGUEZ.

(Discurso inaugural de 8 de Mayo de 1890.)

CALENDARIO CRISTIANO.

Juev. 30. San Serapio, ob., san Lucano, mártir, santos Claudio, Luperco y Victorio, hijos de san Marcelo Centurión, mrs.

Vier. 31. Vigilia. (Ayuno.) San Nemesio, diac., santa Lucila, vg. y mr. y san Quintín, mr.

NOVIEMBRE.

Sab. 1. ✠ LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS, llamada en los primeros tiempos, la fiesta de la Santísima Virgen, reina de todos los mártires, san Benigno, ob. de Dijón, mr. y san Cesario, diac. y mr.

SECCION EDITORIAL.

La enseñanza laica es masónica.

Se ha demostrado hasta la saciedad, sin que seriamente se haya contestado, que la enseñanza llamada laica ó neutra, esto es, la que hace á un lado la Religión, es mala bajo cualquier aspecto que se la considere; mala porque desprecia y echa afuera un tesoro de verdades tan ciertas, por lo menos, como las verdades históricas, físicas ó matemáticas; mala porque engendra el indiferentismo en lo que más interesa al hombre saber y practicar; mala porque deja sin cultivo la más noble y la más débil de las facultades humanas, la voluntad; mala porque sembrando escepticismo ó indiferencia en materia de religión, deja la moral sin sanción, sin legislador, sin eficacia, nula por consiguiente ó meramente exterior como los sepulcros blanqueados que vitupera el Evangelio; mala, en una palabra, porque en vez de instruir destruye, en vez de educar, pervierte y corrompe.

La filosofía y la historia están de acuerdo para demostrar que no hay pedagogía ó arte de educar posible, si se prescinde de la religión.

Y sin embargo, hay hombres, que no osan combatir en el terreno de la lógica estas verdades, y en la práctica son tan aferrados partidarios de la enseñanza atea, laica, neutra ó impía, que es todo lo mismo.

Los padres de familia verdaderos y nativos responsables de la educación de los niños, que por ello contribuyen con su bolsa á las escuelas en que sus hijos se educan, desean la educación católica y se quejan de que no se les oye; y sin embargo, se huellan sus derechos y se desprecian sus lamentos y las escuelas continúan ateas por ley y más aún, por la condición de muchos empleados llamados maestros ó inspectores.

¿Por qué tamaña anomalía? ¿Cómo se explica la indefinida obstinación en tan grave injusticia, en tan señalado atropello del derecho natural?

¿Cómo?—Sencillamente.—La impiedad organizada con el nombre de francmasonería, no viendo bastante eficaces, los medios de descristianización que había empleado, quiso tomar el árbol por la raíz, ostentar entusiasmo por la ciencia y la educación popular, y apoderándose á la vez del dinero de los católicos y de la fuerza pública, creó, propagó y organizó la escuela laica á fin de corromper en la niñez y en la juventud las generaciones venideras.

Y vamos á las pruebas.

He aquí lo que decía en el tercer Congreso de las logias masónicas del Este, en Nancy (Julio de 1882) el francmasón expo-

nente relator de una Comisión: «La Sociedad de alquileres de Estrasburgo, los hornos económicos de Nancy, los bancos populares instalados recientemente en París, la Liga de la enseñanza en todo Francia, todas estas creaciones han sido preparadas por el trabajo de nuestros talleres. Cuando bajo la inspiración de una logia un núcleo de masones, ayudados de todos los amigos profanos, han creado de esta suerte una sociedad cualquiera, no deben fiar la dirección á manos profanas. Por el contrario, es preciso que se esfuercen por conservar en la Comisión directiva de esta Sociedad creada por ellos, un núcleo de masones que permanezcan en ella á manera de *cuña de obrero* y que teniendo la dirección de la Sociedad en sus manos, continúen su obra haciéndolo entrar en una vía conforme en un todo á las aspiraciones masónicas. ¡Qué fuerza no tendrá la Masonería sobre el mundo profano cuando exista en derredor de cada logia una corona de sociedades, cuyos miembros, diez ó quince veces más numerosos que los masones, recibirán de éstos la inspiración y el fin y blanco á donde nos encaminamos, y unirán sus esfuerzos á los nuestros en prosecución de la gran obra cuyo ideal perseguimos! Una vez fundado este Círculo se deberá tener cuidado de perpetuar en dicho punto un núcleo de masones jóvenes, de tal suerte que la juventud de las escuelas se encuentre directamente sometida á la influencia masónica.»

M. Claudio Jannet en su obra: *Las sociedades secretas y la sociedad* (t. II, p. 509) ha dicho: LA FRANCMASONERÍA, QUE NO EL PUEBLO, ES LA QUE HA QUERIDO LA ESCUELA NEUTRA.

«En el seno de la Francmasonería es donde se fraguan la mayor parte de las reformas sociales. la instrucción laica y obligatoria ha sido estudiada, dispuesta, y por decirlo así, decretada en las logias muchos años hace, y á esto se debe que haya sido reclamada por el país (léase por los periódicos masones) y votada por la Cámara» (Palabras del francmasón F. Lepulletier en la *Consigna de Orden*, Mayo de 1885.)

La escuela neutra ó laica TIENDE A MATAR LA FE CRISTIANA EN EL CORAZÓN DE LOS NIÑOS. Nuestros adversarios mismos, en las horas de libre expansión, confiesan públicamente este objeto y este resultado de la escuela neutra.—«Convendría forzar á los sacerdotes á que amasen la escuela ANTI-CATÓLICA, porque la pretendida neutralidad es una pachotada. No hay neutralidad posible.—Desde el momento que un maestro no enseña la Religión, enseña por el mismo caso la incredulidad. Pretender únicamente la neutralidad, es una tontería supina.» (Enrique Maret, en el periódico el *Radical*, Febrero de 1884.)

Para pervertir todavía con más seguridad á la juventud y ganarla para la secta procuran los francmasones introducir en el cuerpo de enseñanza el mayor número posible de sus adeptos, siguiendo las amonestaciones formales de Weishaupt, uno de sus corifeos de mayor nombradía.—A los padres cristianos se debe advertir de esta táctica, y de que se aseguren si los profesores ó maestros de escuela á quienes confían sus pequeñuelos, no son masones.

El deber de los católicos en política.

Discurso leído al incorporarse en la facultad de Teología y Ciencias Sagradas de la Universidad de Chile, por el SEÑOR PREBENDADO DON DOMINGO BENIGNO CRUZ.

(Continuación.)

Letras Sagradas.

¿También hablan de política las Santas Escrituras? Sí que hablan y con asombrosa claridad, porque el espíritu del Señor, que todo lo conoce, todo también lo ha previsto.

En el libro primero de los Macabeos se encuentra la cuestión política religiosa tal como la tratamos, planteada y decidida.

Después de la cautividad de Babilonia el pueblo judío era gobernado por los sumos sacerdotes y ancianos de Israel, y una oligarquía numerosa, ó si se quiere, democracia restringida, mantenía desde mucho tiempo la paz y felicidad. Cada cual, según el hermoso lenguaje de los libros santos, cultivaba su campo y dormía tranquilamente á la sombra de su parra.

Pero he aquí que tan envidiable bienestar se ve repentinamente perturbado por algunos malos judíos, *hombres inicuos, que deseaban vivir según la costumbre de los gentiles*; se dirigieron al Rey Antiocho, poderoso vecino de Israel, y le pidieron su ayuda para vivir á su manera, quebrantando públicamente la ley de Moisés, es decir, la constitución religiosa de aquella nación. El rey de Siria les prestó favor; y poco después él mismo vino á la Judea apoyado en el sufragio de muchos, ó como diríamos en estilo moderno, llamado por una minoría política que deseaba libertad de cultos, y se apoderó de las ciudades y mató á muchos de los judíos fieles; puso guarniciones de gente perversa y entregó el mando á los malvados y á israelitas que se vendieron á la iniquidad, convirtiéndose en lazo de perdición (1), y prohibieron ofrecer holocausto en el templo de Dios, y la celebración del Sábado y las solemnidades; se mandó profanar el lugar Santo, se ordenó comer carnes prohibidas y que no se circuncidara á los niños, y se erigieron por todas partes altares á los ídolos.

Tales son las palabras del historiador sagrado al trazarnos el lúgubre cuadro que se ha repetido casi idénticamente muchas veces en los siglos cristianos y que aun puede contemplarse el día de hoy en Italia, España y algún otro país.

Pero los israelitas fieles no consintieron en tamañas prevaricaciones; encabezados por el valiente Matatías, héroe y padre de héroes, se retiraron á la montaña inaccesible de Modín. En vano los comisionados de Antiocho quisieron con halagos y amenazas arrastrarlos al mal; encendidos los Macabeos en santo celo mataron á los apóstatas (que merecían la muerte según la ley) y se declararon jefes del pueblo fiel á Jehová. Entonces se vieron establecidos en Israel dos poderes políticos, el uno frente al otro: Antiocho y los prevaricadores, Matatías y los observadores de la ley.

El Macabeo inspirado por Dios se levanta y empezó á recorrer la ciudad diciendo: *Todo el que tenga celo por la ley y quiera permanecer firme en la alianza del Señor, sígame.* Y los dos libros sagrados que llevan ese nombre de los Macabeos no son otra cosa que la historia del partido santo de Matatías y sus hijos. Después de un largo y porfiado batallar, el viejo caudillo se sintió próximo á la muerte, y reuniendo á sus hijos y compañeros, animados del espíritu del Señor, les dirigió una significativa exhortación que termina en estas magníficas palabras: «Sed constantes, hijos míos, y obrad vigorosamente . . . reunid á vosotros todos aquellos que observan la ley, y vengad á vuestro pueblo. Dad á las gen-

(1) I. Machab. c. 1.

tes su merecido y sed solícitos en guardar los preceptos de la ley.»

¿Era lícito, pregunto yo ahora, á los israelitas fieles guardar la neutralidad entre Matatías y Antiocho, entre el partido de Dios y el de Belial? Nadie lo entendió así, y las palabras sagradas que mandan reunirse á los Macabeos á todos los que observan la ley, no dejan la menor duda.

Hoy día la causa de Dios no se decide en los campos de batalla, sino en las urnas y en la opinión. Luego, todo el que tenga celo por la honra de Dios y amor á sus hermanos debe obrar vigorosamente en defensa de la ley, reunirse á los buenos y combatir á sus adversarios leal pero enérgicamente.

A quien dude si nos encontramos en tiempos análogos á los de Matatías, sólo le diré que escuche los gritos y amenazas del campo enemigo.

Los libros de los reyes no son tampoco otra cosa que una alabanza continua de la política santa y justa de los buenos reyes y una reprensión de la política impia y falaz de los malos.

En los países democráticos el rey es el pueblo, especialmente el pueblo elector: á él, pues, se le aplica todo lo que dicen los sagrados libros acerca de la obligación estrecha que tiene el soberano de ejercer su poder justa y religiosamente y de no dejar dominar á los malos, por inacción ó complicidad.

La doctrina del Santo Evangelio puede reducirse á la caridad y á la abnegación, y ambas virtudes nos mandan procurar con empeño la gloria de Dios y el bien de nuestros hermanos, y aunque para ello tengamos que cargar con el odio de los malos y sacrificar nuestra propia tranquilidad. *El reino de los cielos cuesta violencia*, nos dice el Salvador; *y sólo los enérgicos consiguen arrebatarlo*; es difícil traducir la fuerza de aquella expresión: *violenti rapiunt illud.* (1) *El que no aborresca, esto es, no desatienda cuando es necesario, á su padre, madre, y aun á su propia alma por mi causa, no es digno de mí,* (2) nos dice en otra parte.

El egoísmo, el respeto humano y la cobardía para confesar la fe y proclamar la verdad son tal vez vicios que atacan más de frente al Evangelio, y esos vicios son precisamente los que de ordinario reducen á la inacción á ciertos cristianos cuando se trata de la vida pública. Al que me confesare delante de los hombres, yo lo confesare por mío delante de mi padre celestial, mas el que se avergonzare de mí y de mi doctrina, yo también me avergonzare de reputarlo por discípulo, dice el Señor. En el reino de los cielos, agregaba, sucede lo que á un hombre rico que distribuye sus bienes entre sus siervos antes de partir á lejanas regiones: á uno da cinco talentos, á otro dos y á otro uno solo. Los dos primeros aumentan el capital con su trabajo y lo vuelven duplicado; el Señor los premia largamente y les da parte en su gozo. Mas el tercero, dominado por la pereza ó la cobardía, esconde el talento y lo devuelve sin interés el día de la cuenta. El Señor irrito fulmina esta sentencia: *Inutilem servum ejicite in tenebras exteriores.* (3) *Tomad ese siervo inútil y arrojadlo en las tinieblas exteriores*, es decir, en el infierno, en lenguaje bíblico. Los santos padres reconocen unánimemente tratado en este cuadro al cristiano egoísta que se contenta con no cometer ciertos pecados que deshonran, entregándose á la pereza, sin cuidarse de hacer buenas obras y de salvar á sus hermanos: al cristiano, podremos nosotros añadir, que en los momentos solemnes en que se decide la suerte política y religiosa de la patria se encierra en su casa y exclama con desdén: nada me importa que se salve ó se condene todo el mundo, con tal de vivir tranquilo y de salvarme á mi modo.

El valor es la virtud esencialmente evangélica: diez y seis veces repite el Salvador en el Santo Evangelio estas palabras: *no timiatis, nolite timere . . . tenead calor, no tematis*; sin el valor para arrostrar persecuciones y calumnias, no habría habido apóstoles ni mártires y el mundo adoraría todavía á Júpiter y á Venus.

Hay un libro sagrado, el Apocalipsis, dictado por el Espíritu Santo para afianzar la energía cristiana en todos los siglos: en él se describen en tono profético las futuras luchas de la Iglesia: ahí está la idolatría, ahí el mahometanismo y la herejía, ahí también la política anti-cristiana: los hijos de Dios forman el un ejército, los de Belial el otro: riñen y combaten con éxito diverso, y aunque la victoria final pertenece á la Iglesia, hay épocas en que hasta una parte de los ángeles es arrastrada al abismo. Y sobre el fragor de las armas y el ruido del combate se oye más alto

(1) Math 11 v. 12.

(2) Luc. 14 v. 26.

(3) Math 25 v. 30.

la promesa divina: *Vicenti dabo magna absconditum; qui vicerit, dabo illi potestatem: qui vicerit vestietur vestimentis albis.* (1) Al soldado que venza en el combate, le daré, dice el Señor, el maná escondido, lo haré participante de mi poder y lo coronaré de gloria.

Podría citar todo el Apocalipsis, especialmente los capítulos 2.º, 3.º y 13. Pero creo que mi tesis está abundantemente probada por las sagradas letras. Permittedme citar ahora tres textos de Padres de la Iglesia; si tiempo hubiera, fácil sería hasta centuplicar este número.

Los padres de la Iglesia.

Tertuliano:

«Para combatir por Dios y por la patria, todo hombre es soldado.» (Apolog. C. 2.)

San Agustín:

«Cada uno de los miembros de la familia cristiana debiera estar, como los profetas y como Jesucristo, devorado por los celos de la casa del Señor. Todos pertenecemos á esa casa, y el edificio material en que habitamos no nos es más propio que el edificio espiritual, la Iglesia, en donde se nos asegura la eterna salvación. Si en el primero empleais todo vuestro cuidado á fin de que el orden no se perturbe, ¿cómo podriais ser indiferentes á los desórdenes que se encuentran en el segundo? Si veis á mi hermano correr á un lugar indebido y tenéis el celo santo del Señor, impedidle que marche con saludables amonestaciones, suplicadle, rogadle, usad de la autoridad si la tenéis, no desechéis ni despreciéis medio alguno. Pero, si por lo contrario, sois frío espectador del desorden, indiferente y pusilánime; si sólo os ocupáis de vos mismo, diciendo: ¿qué me importa lo que hacen los demás? bastante hago con salvarme; acordaos del mal siervo del Evangelio, condenado, no por malgastar su talento, sino por no haberlo hecho fructificar.» (In Joan. Tract. X n. 9.)

San Juan Crisóstomo:

«Nadie en este mundo vive para sí: todas las perfecciones civiles están ligadas para la utilidad general, y eso mismo sucede con mayor razón en el orden espiritual. De manera que sólo se vive en este mundo para utilidad de los demás. Lo contrario es romper con la sociedad, renunciar á ser hombre y estar demás en la tierra.

«Pero ya escucho que me replicáis: ¿debo abandonar mis asuntos por los de mi prójimo? Desengañaos, os servís á vosotros mismos sirviendo á vuestros hermanos, y es preciso tener siempre delante la máxima de San Pablo: *quis infermatius et ego non infermor, quis scandalizatur et ego non torior?* (2)

«Cada uno para sí decís: nada me importa lo que hagan mis prójimos. ¿Cómo veríais á vuestro hermano extraviarse, sin atraerlo al buen camino, cuando la ley de Moisés ordena levantar la bestia caída? ¿por ventura vale menos el alma de vuestro hermano? Nada me importa mi prójimo. Así pensaba el primero que profirió esta palabra: ¿por ventura soy guarda de mi hermano?»

Os asemejáis á Cain. TODOS LOS MALES DE LA SOCIEDAD PROCEDEN DE QUE LOS HOMBRES SE AISLAN Y SE VUELVEN INDIFFERENTES POR EL BIEN COMUN.

No estoy encargado al cuidado de mi hermano. Y ¿quién lo estará? ¿será el infiel que lo insulta y se ríe de sus debilidades? ¿Será el demonio que lo tienta y que procura precipitarlo en el abismo? (Pérez. De l'Eglise t. 25 p. 266.)

Es imposible hallar nada más elocuente que las palabras que preceden.

(Continuará.)

COLABORACIÓN.

El sistema métrico, el comercio y los artesanos.

Hace tiempo venimos sabiendo que no obstante haberse agotado las medidas métricas para granos, que introdujo el Gobierno, se cobran multas al pueblo si no hace sus transacciones por las de formas cilíndricas que se importaron con perjuicio de los artesanos, que pueden hacerlas aquí no sólo dándoles esa forma sino la antigua de un cubo, con economía para los habitantes del país.

(1) Apocal. c. 2. et 3.

(2) Corinth. XI, 29.

Bastaría cortar 102 milímetros al alto de la cajuela de once pulgadas españolas que usábamos, para tener la medida de un decálitro, ó hacer para la misma un cubo de 215 y medio milímetros por arista: otro de 271 y medio equivale al cilindro de dos decálitros (llamado aquí impropriadamente *cajuela*). Entendemos que se ha hecho injusta oposición al señor Gobernador de esta provincia para que no mandase hacer unos modelos de medidas de la clase mencionada que suplan la falta de las que se ha obligado á usar al pueblo; pero no dudamos que él, conociendo la justicia, mande sellar las que tengan la capacidad correspondiente, aunque no reunan determinada forma.

La ley relativa al sistema métrico conmina con multa á todo el que compre ó venda por pesos ó medidas de otra clase; sin embargo, en la pasada administración hemos visto licitaciones publicadas por el Gobierno en que sólo se hacía referencia á medidas inglesas.

Si á individuos que quizá no saben leer se les exige el cumplimiento de un decreto que el mismo Poder Ejecutivo contribuyó á hacer nugatorio, ¿por qué no se tiene esa exigencia con quienes por su posición y conocimientos están llamados á contribuir á que se implante en el país el sistema deseado; con el comercio, por ejemplo, que compra y vende por libras NORTEAMERICANAS, que es la libra generalmente usada aquí, en la creencia de que se hacen las transacciones en la española, la cual es mayor que la acostumbrada, y de que no se ocuparon al publicar las tablas de equivalencias porque ni el mismo comercio ha podido notar la diferencia de ambas libras á causa de que habiendo adoptado una la ley, el mismo Gobierno usaba de otra en las aduanas y otras oficinas? ¿Por qué no se ha tomado en cuenta que hay empresas en el país que cobran impunemente descargas, fletes, etc. por pies cúbicos?

A tal extremo llega la imposición de los gobiernos llamados *liberales*, que se extiende hasta sobre las matemáticas.—Ejemplo, esa misma ley que señala una equivalencia inexacta á la vara, lo que ocasionó que las tablas publicadas aquí estén erradas, sin que el error dependa de los sujetos que las calcularon: uno de estos, don Manuel Antonio Quirós, reconoce esa diferencia en lo señalado á la vara y no dudamos que encontrará una de 102 metros próximamente en la caballería; y estas diferencias son más considerables en las medidas cúbicas.

En atención á las indicaciones de los sabios Callet y Babinet podemos repetir hoy con el Abate Moigno, miembro de la Academia de París y de otras sociedades científicas: «el metro es un contrasentido cuando se separa del meridiano de Dunkerque, de donde ha sido deducido».—Pero nos limitaremos á notar que somos muy amigos de seguir inconsideradamente á la Francia; y ya que la ley existe escrita, y que el sistema métrico presta facilidades grandes para el comercio estamparemos en seguida los siguientes cálculos que hemos tenido que hacer para nuestro uso exclusivo y que deseamos sean de utilidad.—Son los siguientes, despreciando fracciones insignificantes:

565 pies cúbicos ingleses=16 metros cúbicos.
416 pies cúbicos españoles=9 metros cúbicos.
10 varas cuadradas españolas=7 metros cuadrados.
1002 varas cuadradas españolas=7 áreas.
10 pulgadas cuadradas españolas=54 centímetros cuadrados.

7 leguas españolas de 20.000 pies = 39 kilómetros.
6 varas españolas= 5 metros.
5 pies » = 14 decímetros.
1 pulgada » = 23 milímetros.
5 » » = 116 milímetros.
3 » » = 7 centímetros.
652 libras » = 300 kilogramos.
5 adarmes » = 9 gramos.
20 granos » = 1 gramo.
100 galones com. = 356,5 litros.
100 botellas » = 71,3 »
100 litros = 140,25 bots. com.
100 galones imperiales=637 botellas comunes=454,34 litros.
100 galones de los Estados Unidos=378,52 litros.
1 bocoy=media pipa=54 galones imperiales=344 botellas comunes=245,347 litros.
1 cuarterola=1 cuarto de pipa común=media barrica=31 y medio galones imperiales=1 barril vino francés=200,7 botellas comunes=143,119 litros.
1 tercerola=42 galones imperiales=267,6 botellas comunes=190,825 litros.
1 pipa vino Jerez=2 bocoyes=408 galones imperiales=688 botellas comunes=490,694 litros.
1 tonel=8 barriles=252 galones imperiales=1606 botellas comunes=1144,952 litros.

San José, Octubre 23 de 1890.

P. N. GUTIÉRREZ.

La Rata Científica.

—Vamos, tío Matraca. Es muy grande la ciencia.

—Si que es grande.

—Pues no digo nada de los adelantos que se han hecho en las epidemias. Hasta los niños de pecho saben ya que el cólera consiste en un animalito llamado *Baccillus Virgula*.

—Es verdad; en el animalito *Virgula* que se mete en el cuerpo por cualquier parte, y se lleva al otro mundo á quien le pilla derecho.

—¡Cuánto descubrimiento!

—¡Mucho!

—Por supuesto, ya sabrá usted también que sobre los terremotos se ha hecho otro adelanto.

—¿Otro?

—Se sabe ya que son atmosféricos.

—¿Qué me cuentas? De manera que ahora ya no se caerán las casas.

—Tanto como eso, no señor; pero quiero decir, que progresando, progresando, venimos á descubrir que todo cuanto nos decían ustedes antes sobre la *Providencia* y la *mano de Dios*, era una ilusión nacida de la ignorancia.

—¡Ah blasfemo! no es poca la que tú encierras en la calabaza. ¿Con que porque el cólera es un animalito, y los terremotos tienen relación con la atmósfera, y las tempestades se anuncian, ya no hay *Providencia Divina*?

—A lo menos se ve que todo obedece á *leyes fijas*.

—¿Todo? ¿Es que tú lo ves todo, Blas?

—No, señor, pero veo lo suficiente para comprender que el Universo está sujeto únicamente á *leyes naturales*.

—¿Y qué son *leyes naturales*, hijo mío?

—Tomá, eso no se pregunta.

—Lo que has de decir, es que no se contesta. Las *leyes naturales* son como el animalito *Virgula*, una cosa que tú no entiendes ni yo tampoco. Y si no, dime, hijo mío: el sol sale todos los días ¿no es esto?

—Si, señor.

—¿Y por qué sale?

—Porque es natural que salga.

—Pero ¿por qué es natural que salga?

—Porque la tierra da vueltas á su alrededor.

—¿Y por qué la tierra da vueltas á su alrededor.

—¡Canario! ¡Pregunta Ud. poco! La tierra da vueltas porque hay una fuerza que la mueve.

—¿Y por qué hay una fuerza que la mueve?

—Toma, ¿y yo qué sé?

—¡Ah! ¿con que no lo sabes? Pues entonces ¿por qué te atreves á hablar de lo que no sabes? Pedazo de camello; á tí va á pasarte lo que á la rata científica. ¿No sabes el cuento de la rata científica? Pues escúchalo:

Allá, en el último rincón de una fábrica de chocolates, vivían dos ratas, que aunque tenían vecinas las madrigueras, no tenían muy unidas las opiniones. Golosa una de ellas como todas las de su casta, pero sumamente tímida, y asustada á consecuencia de los ruidos que escuchaba todos los días, no se atrevía á salir nunca de su agujero, persuadida como estaba, de que en aquellos estrépitos debía andar sin duda, la mano del hombre.

Por el contrario, la otra, excéntrica y despreocupada, jamás creyó semejantes cuentos de vieja, qué consideró siempre hijos del fanatismo.

La tal ratilla era lo que pudiera llamarse hoy una rata materialista.

Cierta día, la tímida se atrevió á sacar el hocico por una de las bocas de su madriguera que daba precisamente al cuarto de la maquinaria, y se quedó admirada. Los excéntricos que iban y venían, las ruedas que giraban, los golpes de vapor que á intervalos fijos se escapaban por todas partes, la dejaron con la boca abierta.

—¡Cuánta sabiduría! exclamó llena de asombro. No en vano me decía mi madre que existía un ser superior llamado hombre, cuya inteligencia rige y gobierna los destinos de las ratas. De hoy más la contemplación de estas grandezas me afirma en la creencia de ese Ser Superior, y me obligará á vivir riempre con el ojo alerta, huyendo de toda clase de pecados.

Ya sabemos que los pecados de las ratas son hincar el diente á lo que pillan, empezando por el queso de bola.

Peró (lo que vale creer), la de nuestra historia, afirmada más y más desde aquel día en sus creencias sobre la existencia del hombre, se metió en su madriguera, y huyendo de ilusiones engañosas, se dedicó á criar inocentemente á sus hijuelos con los desperdicios de la basura.

Mas llegó un día en que habiendo pasado á hacerle una visita su *ilustrada* amiga, emperó á hablarle de esta manera:

—¡Infeliz! ¿por qué no sales de tu madriguera y gozas de más libertad? ¿No sabes que existen en esta casa unas pastillas de chocolate que *dan la hora*, y unos embutidos que dicen comedme?

—A todos nos gustan esas hiervas, contestó la interpelada, apartando de la memoria hasta el nombre de la maldita tentación; á todos nos gustan, hija mía; pero me enseñaron mis padres que esos son géneros prohibidos y no los como.

—Prohibidos, ¿por quién?

—Por el hombre.

—¡El hombre! Pero, ¿quién es el hombre?

—Un ser altamente sabio, fuerte y poderoso, capaz de hacer muchísimas cosas.

—Preocupaciones, dijo la libre-pensadora. Ese ser es un mito.

—Pero, hija, ¿no escuchas ese espantoso ruido que suena á cada instante? ¿Quién puede hacerlo sino la mano del hombre?

—¡Ja, ja, ja! exclamó riéndose la rata despreocupada. Veo que vives muy atrásada, pobre amiga. Pues qué, ¿no sabes que la ciencia ha estudiado ya esos fenómenos, y ha descubierto que son efectos puramente naturales? Ven y te convencerás tú misma.

Y la ilustrada profesora de *pienso libre*, condujo á su educanda al cuarto del vapor.

—¿Ves, tonta? dijo señalándole los aparatos. Ese estrépito que á tí tanto te asusta, no es sino el efecto natural de todo este mecanismo.

—Pero ¿quién mueve este mecanismo?

—Esa palanca.

—¿Y quién mueve esa palanca?

—Aquel pistón.

—¿Y el pistón quién lo mueve?

—El *humo* que produce esa caldera.

—Bien, pues entonces, puesto que no hay *humo* sin fuego, ni fuego sin mano que lo encienda, la mano que enciende el fuego será la del hombre á quien yo temo.

—¡Infeliz! ¡qué ideas tan rancias! Ya se conoce por tu *fanatismo* que has debido educarte en la despensa de algún convento. ¿No conoces, mujer (1), que todo eso es ridículo? La ciencia ha destruido todas esas preocupaciones, y ha hecho ver con sus adelantos, que la Naturaleza misma es la que enciende el fuego.

—Pues llámale *ache*, hija mía; si es la naturaleza, haz cuenta que le tengo miedo á la Naturaleza.

—Pero ¿por qué?

—Porque cuando esa señora tiene poder para hacer tales cosas, y talento para armar tales barahundas, de suponer es que tendrá cada ojo como un plato, y que sabrá más que las ratas.

—No lo creas, infeliz; eso son quimeras. La Naturaleza no ve, ni oye, ni sabe una palabra; es *inconsciente*.

—¡*Inconsciente!* ¿Y qué es eso de *inconsciente*?

—Mujer, quiere decir, que es como una especie de órgano, que toca las piezas sin saberlo.

—Pero lo sabrá quien le dé al manubrio.

—No lo creas, toca solo.

—¿Solo?

—Sí, solo, porque la fuerza que le mueve es *inmanente*.

—¡*Inmanente!* Ya tenemos otra. Tampoco lo entiendo.

—Mujer, fuerza *inmanente* es la que hay en las cosas que se mueven por sí mismas.

—Ahora lo entiendo menos, ¡caracoles! vaya un enredo. Con que . . . órganos *inconscientes* y fuerzas *inmanentes*. Y todo para venir á parar á que estos aparatos se hicieron por sí solos, sin saber ni aun ellos mismos que se hacían.

—Esa es la *ciencia*.

—Pues hija, no me gustó la *ciencia*.

—Porque no conoces sus buenos resultados.

—¿Cuáles son sus buenos resultados?

—Te lo explicaré en dos palabras:

En el mundo hay dos clases de personas (digo ratas): unas que, como tú, viven aún á la antigua, creyendo en un Sér Superior que rige los destinos de este mundo, y temiendo sus castigos si faltan á las leyes que llaman de la justicia, & & y otras, que habiendo gustado, como yo, el fruto del árbol de la *ciencia*, se dejan de tontearias, y no creen en nada.

Las primeras, claro es, cómo temen el

(1) Donde diga mujer, léase rata.

castigo, no se atreven á pecar, y si lo hacen se arrepienten, procurando no volver á caer en la tentación, por lo cual viven siempre entre privaciones, sin atreverse á morder una triste longaniza. Pero las segundas, como no tenemos Rey ni Roque, nos echamos el alma á la espalda: vivimos á nuestras anchas, y le hincamos el diente á cuanto pillamos por delante. Con que ya ves si la *ciencia* da buenos resultados.

—Sí, ya veo que es excelente . . . para llenar el estómago. Pero aun así no me convengo.

—¿Por qué?

—Porque una ciencia que sólo sirve para hacer golosos y crear ladrones, no debe ser buena, y no siendo buena no debe ser verdadera.

—Vaya, dijo la rata científica, un poco aturrida, sin saber ya contestar á aquel argumento; pues para que veas que es verdad cuanto yo digo, y que todas tus creencias son preocupaciones, ahora mismo voy á bailar una contradanza junto á aquella terrible palanca que va y viene con tanto furor, y verás como me burlo de sus movimientos que no son sino efectos de las *leyes naturales*.

Y diciendo y haciendo, la ilustrada rata se puso á dar saltos y piruetas, sorteando el vaivén de uno de los exéncricos de la máquina.

Pero en aquel momento ¡oh desgracia! el amo de la fábrica miraba por una rejilla.

Ver á la bailarina y acordarse de sus chocolates roídos á traición, todo fué obra de un instante.

—¡Ah, picara! esa debe ser la que me estropea las pastas. Yo te compondré.

Y con el único y exclusivo objeto de componerla, se dirigió de puntillas á la máquina, tocó una pequeña manivela, y . . . ¡horror! un chorro de vapor ardiente, espantoso, terrible, silbó con furia, haciendo rodar por el suelo á la bailarina.

—¡Hiiiiiiiiiii! gritó ésta, envuelta en una nube de humo. ¡Ay de mi pellejo!

—¿Qué es eso, querida? exclamó la otra desde la puerta de su madriguera.

—¡Que me muerol!

—Pues mujer, ¿no conocías las *leyes naturales*?

—Sí, pero me faltaba aún conocer una.

—¿Cuál?

—La que destapa los agujeros de las máquinas, y mata á las ratas ilustradas con un laponazo de agua caliente.

Y dichas estas frases, la pobre rata dando un triste suspiro tiró la pata. Y allí *inconsciente* sobre el húmedo suelo quedó *inmanente*.

—¡Muy bien, tío Matraca! el cuento es muy bonito, pero vamos . . . al fin es un cuento.

—Sí, Blas; pero un cuento que puedes aplicarte tú y todos los que profesáis la *ciencia* . . . ratonera.

—No lo haré, porque hoy los grandes hombres, diga Ud. lo que quiera, abandonaron ya las antiguas doctrinas.

—Es decir, ¿qué según tú, los grandes hombres no creen en Dios? Pues mientes, Blas, con toda tu boca, porque hoy como siempre, los hombres verdaderamente grandes, los hombres de ciencia, los hombres de talento, creen con más fe que nadie en las grandes verdades de la religión cristiana.

¿Lo oyes, Blas? con más fe que nadie: y yo te lo demostraré cómo dos y dos son cuatro, haciéndote ver que sólo los sabios

de medio pelo, los *cursis* de la *ciencia*, los filósofos como tú, son ya los que dudan de la Divina Providencia. ¿Y sabes por qué dudan? porque la soberbia les ha dejado ciegos, porque, como Luzbel, quisieron meterse á dioses, y se quedaron en pobres diablos.

—Tendré gusto en discutir con Ud. esa materia.

—Pues te prometo darte ese gusto en el capítulo siguiente.

ADOLFO CLAVARANA.

GACETILLAS.

Bienvenida.—La damos muy cordial y afectuosa al distinguido caballero don Braulio Morales, su estimable señora é hijas que acaban de regresar de Europa, y nos es grato felicitarlos por su vuelta al seno de la patria y á su dichoso hogar.

Contraste. *La Gaceta, Diario Oficial*, correspondiente al domingo 26 del corriente registra el siguiente acuerdo:

«Cartera de Fomento.—N.º 84.—Palacio Nacional.—San José, 23 de Octubre de 1890.—El Presidente de la República.—Acuerda:—Conceder una subvención de mil pesos á don Tomás García, empresario del Teatro de Variedades, establecido en esta ciudad, la cual se le pagará por terceras partes mensuales, comenzando el último del presente mes. Esa suma se cargará á eventuales de Fomento.—Publíquese.—Rubricado por el señor Presidente.—Lizano.»

Acerca del donativo á que se refiere el acuerdo preinserto se nos han hecho varias indicaciones, que lo impugnan con justicia, y se nos ha enviado el siguiente

COMUNICADO.

Si el Gobierno contribuye con las rentas del Estado para un teatro, que no lo es, donde apenas concurre una pequeña parte de los ciudadanos, con muchísima más razón debiera contribuir, ó mejor dicho preferentemente debiera contribuir con esas mismas rentas para la edificación de los diferentes templos que se hallan en construcción. Las iglesias católicas, aun consideradas por sus fines sociales, son de mucha mayor importancia que un teatro. La Iglesia es eminentemente moralizadora, en tanto que el teatro, lejos de ser, como tanto se dice, escuela de costumbres, no sirve las más veces, sino para viciarlas, incitando al desenfreno de las pasiones, ó cuando menos á hacer perder la inocencia á los jóvenes. De ninguna manera interpretará el Gobierno la opinión general regalando dinero del tesoro nacional á las compañías de teatro, pues la mayoría de la nación eminentemente católica, no frecuenta el teatro, y vería con más gusto que doliéndose el Gobierno del triste estado en que los terremotos de hace dos años dejaron nuestra catedral, sin torres y sin órgano, contribuyera con generosidad [y hasta con esplendor] para los fuertes gastos que su reposición exige. Así interpretaría el Gobierno el sentimiento nacional y obraría de acuerdo con la Constitución; pero no subvencionando á los cómicos que por sí hacen su negocio.

J. V. M.

Omitimos por nuestra parte otras consideraciones, porque las del comunicante son de mucho peso y bastan por ahora para que el Supremo Gobierno fije su atención en lo que es de verdadero interés público y no del de especuladores.

Participamos á nuestros lectores que la tienda llamada «15 de Setiembre» está vendiendo á cualquier precio, artículos de la más alta novedad y calzado que se asegura dura mientras no se acaba. Número 10, Este, calle del Comercio, esquina al Laberinto.

AVISO.

Han llegado 15 colecciones de los Cuadros del Antiguo y Nuevo Testamento con marco de madera.

Se avisa á las Juntas de la Doctrina Cristiana.

Precio, \$ 7.50.

San José.—Imprenta de José Canalias, Universidad, 9.